

Cuadernos del Sur

Número 11 ■ Setiembre de 1990

Tierra  fuego
del

EL FUTURO DEL SOCIALISMO EN AMERICA LATINA*

James Petras

Cinco hechos históricos mundiales condicionan la discusión del socialismo y la democracia en América Latina:

1. El colapso del modelo capitalista de mercado libre en América Latina, evidenciado en una década de indicadores socioeconómicos regresivos (lo que universalmente se denomina la “Década Perdida”), crisis crónicas y falta de perspectivas para los años noventa.

2. La desintegración del modelo estalinista en Europa Oriental y la Unión soviética y la emergencia de una nueva clase de gobernantes neoliberales orientadas hacia la integración capitalista occidental.

3. La intensificación de la competencia entre Estados Unidos, Japón y Alemania por la supremacía global y la creciente primacía de los recursos económicos sobre los militares e ideológicos en el desenlace de la contienda hegemónica.

4. La declinación de la potencia industrial de Estados Unidos y el aumento de su influencia ideológica, lo que abre una brecha entre su capacidad para desplazar adversarios y su incapacidad económica para sostener nuevos regímenes clientes.

5. El fin de la “Guerra Fría” (entendida como conflicto de bloques en Europa) acompañado por un retiro asimétrico de fuerzas hegemónicas. El creciente aislacionismo soviético es acompañado por la intensificación del intervencionismo americano y europeo, con lo que se abre un nuevo ciclo de conflictos políticos y sociales dentro del bloque oriental y entre el Occidente y el Tercer Mundo.

* Publicado en Brecha Nº 229, abril 1990, Uruguay traducción: Hugo Rocha

Estos cambios históricos mundiales plantean una serie de nuevos desafíos a la izquierda latinoamericana, y obligan a repensar las fórmulas políticas tradicionales y ubicar el examen del socialismo y la democracia en un nuevo contexto. La nueva situación histórica del mundo contiene restricciones y oportunidades que tienen que analizarse y evaluarse como condición previa a cualquier pronunciamiento acerca del retroceso o el avance del socialismo. Por otra parte, es menester que estos factores globales sean analizados en el contexto de los profundos cambios sociales y políticos que han ocurrido en América Latina durante los últimos veinte años y a la luz de las nuevas estrategias hegemónicas que Washington ha aplicado en la última década. La relación entre hechos históricos mundiales, cambios sociopolíticos, estrategia de Estados Unidos y problemas del socialismo y la democracia en América Latina es un vasto tema que sólo puede tratarse someramente en este ensayo.

Hechos históricos mundiales.

El fracaso del capitalismo librecambista en América Latina es un hecho tan significativo en la historia contemporánea mundial como el colapso de los regímenes estalinistas en Europa Oriental. Por razones obvias, los medios masivos del mundo capitalista sólo han puesto de relieve el segundo de esos fenómenos. Sin embargo, la crisis socioeconómica del capitalismo latinoamericano es aún más profunda, cualquiera sea el indicador que se elija: descenso de los niveles de vida, estancamiento económico, tasas astronómicas de inflación, fuga de capitales, insoportables niveles de la relación deuda/exportaciones, migraciones masivas, etc. Si bien es cierto que las crisis y los cambios políticos en Europa Oriental están ensanchando el campo de influencia del capitalismo occidental, las crisis en América Latina plantean, como mínimo, algunas serias preguntas acerca del futuro del capitalismo y, como máximo, han echado las bases para la emergencia de regímenes políticos anticapitalistas.

En el plano político, la crisis del capitalismo latinoamericano ha continuado y se ha ahondado, a pesar de que los regímenes electos han sucedido a los militares y los socialdemócratas de la Segunda Internacional a los conservadores librecambistas. No se trata de una crisis de la "superestructura", ni de determinadas políticas económicas. Nacionalizaciones o privatizaciones, pagos de la deuda externa o limitaciones de la misma, devaluaciones y programas de austeridad, nuevas unidades monetarias o nuevos ministros de

Hacienda, todo ha sido inútil para detener la tendencia descendente del capitalismo. Si algo es cierto es que cuanto más “puro” ha sido el modelo capitalista aplicado, cuanto menos se han regulado o restringido los flujos del capital, mayores y más profundos han sido los efectos negativos, vale decir, la fuga de capitales, el saqueo de recursos internos y el desplazamiento del capital hacia los sectores especulativos, como lo ilustra el ejemplo argentino. Objetivamente, la izquierda latinoamericana no ha enfrentado nunca una situación socioeconómica de alcance continental tan “madura” para soluciones socialistas como la presente. Los complejos y arduos problemas que plantea el estudio de la brecha entre las condiciones objetivas y subjetivas serán examinados más adelante.

La desintegración del modelo estalinista en Europa Oriental y la Unión Soviética y el surgimiento de políticos capitalistas es un gran triunfo histórico para el imperio occidental, pero puede ser de valor estratégico positivo para el movimiento socialista en América Latina. Para la izquierda latinoamericana, incluidos los Estados revolucionarios que recibían ayuda económica, ideológica y logística, estos cambios seguramente acrecentarán su vulnerabilidad a las presiones capitalistas occidentales. Y lo que es más importante, esos cambios probablemente han de intensificar la dependencia y subordinación de Europa Oriental respecto de las inversiones y los mercados occidentales, reduciendo sus vínculos comerciales con el Tercer Mundo. Además, a medida que el capital europeo occidental se aplique a financiar la explotación de los mercados y la mano de obra del Este, se limitará la disponibilidad de fondos para los socialdemócratas latinoamericanos.

Con todo, deben señalarse algunos puntos en contra.

Europa Oriental y la Unión Soviética seguirán dependiendo de los mercados latinoamericanos de exportación e importación, aunque los créditos fáciles resulten menos accesibles. En segundo lugar, las medidas de austeridad y libertad económica aplicados actualmente en Polonia y Hungría están destruyendo antiguos programas de bienestar social sin promover el crecimiento. Tarde o temprano eso provocará una nueva serie de conflictos sociales y los dirigentes políticos cuentan con un apoyo organizado muy frágil. De modo que los triunfos de Occidente tal vez resulten efímeros. Importa señalar que el modelo estalinista fue un factor negativo para la actividad política de la izquierda latinoamericana al socavar su capacidad para crear organizaciones de base dinámicas y democráticas. Por lo demás a los trabajadores e intelectuales que tenían conciencia social no les seducía tener que elegir entre liberalismo con hambre y seguridad social con estado policial. La derrota del

estalinismo es una ventaja estratégica porque abre la posibilidad de construir un modelo alternativo de socialismo que refleje las profundas prácticas democráticas y solidarias que ofrecen los movimientos sociales de los países latinoamericanos.

La competencia entre Estados Unidos, Alemania y Japón por la hegemonía refleja la decadencia del monopolio mundial de poder que ha ejercido Estados Unidos durante el pasado medio siglo. Las implicaciones de la lucha hegemónica mundial para la izquierda latinoamericana son contradictorias. Por una parte significa una apertura potencial de nuevos mercados, asociados comerciales y oportunidades para balancear las influencias hegemónicas. Por la otra, la acción combinada de las potencias hegemónicas ha sido un factor importante en la perpetuación del saqueo y el endeudamiento de América Latina. Las potencias competidoras tienden a “especializarse” en regiones diferentes: Japón en Asia, Estados Unidos en el hemisferio occidental, Alemania en Europa (Oriental, Central, Occidental y Meridional). El crecimiento y la diversificación de las inversiones y los mercados japoneses y alemanes puede proporcionar ciertas ventajas y oportunidades políticas a los regímenes progresistas de América Latina. Sin embargo, en regiones que Estados Unidos considera estratégicas o gobernadas por regímenes adversarios (América Central/Nicaragua), Europa y Japón se han abstenido de entrar para sustituir los vínculos económicos con Estados Unidos. En el caso de que la competencia se agrave hasta convertirse en guerra económica abierta, la izquierda latinoamericana podría mejorar su posición negociadora mucho más que hasta el presente.

Una de las grandes paradojas de nuestro tiempo ha sido el aumento de la influencia ideológica de Estados Unidos mientras disminuye su poderío económico. Esto refleja el creciente dualismo del Estado norteamericano: el superdesarrollo de sus aparatos de medios masivos, estatales y militares y la relativa declinación de sus estructuras productivas, industriales y comerciales. El resultado ha sido la tendencia cada vez más fuerte de la política norteamericana a concentrarse en la destrucción o el debilitamiento de movimientos económicos o políticos rivales sin ser capaz de financiar y promover alternativas dinámicas. El más acabado ejemplo es el de Granada, con el 50% de desempleo después de la invasión.

El ascenso de Reagan y Bush promovió el dogma económico del mercado libre en Europa Occidental y Oriental y en muchas partes del Tercer Mundo. Lo mismo puede decirse del éxito con que se ha difundido el mensaje de los medios masivos norteamericanos de comunicación y entretenimiento. La

difusión de las doctrinas económicas del capitalismo irrestricto en la cumbre y de tontas distracciones masivas en la base ha contribuido a debilitar el atractivo de los programas de bienestar social de la izquierda y ha fomentado el crecimiento de la política de “imagen” y de los líderes creados por los medios (Collor en Brasil, Belmont en Perú, etc.). La influencia cultural de Estados Unidos ha sido efectiva porque responde a las necesidades de las clases dominantes y los gobernantes locales: los productos culturales norteamericanos transforman a públicos críticos en masas maleables.

Sin embargo, la influencia ideológica de Estados Unidos no depende únicamente de cómo “calza” con los intereses de las clases dominantes locales, sino que también depende de la medida en que hayan surgido movimientos antihegemónicos y se hayan creado esferas autónomas de acción política. La globalización de la influencia cultural de Estados Unidos no es omnisciente, aun cuando sea omnipresente. Una influencia ideológica que no está respaldada por un crecimiento económico se deteriora con el paso del tiempo, sobre todo donde la izquierda logra poner en evidencia el abismo entre la imaginaria ideológica y las realidades económicas. Es precisamente en este abismo histórico entre la hegemonía ideológica de Estados Unidos y su decadencia económica e incapacidad para mantener su dominio donde la izquierda latinoamericana encuentra su oportunidad estratégica.

La reducción de la Guerra Fría ha sido acompañada por retiros no recíprocos de fuerzas hegemónicas. Mientras las fuerzas soviéticas y aliadas se han retirado de Afganistán, Camboya y Angola, Estados Unidos ha intensificado su colaboración con Pol Pot en Cambodia, los rebeldes tribales en Afganistán y la UNITA y Savimbi en Angola, ha invadido Panamá, establecido bases de sus fuerzas especiales en Perú y Bolivia e intervenido masivamente antes y después de las elecciones en Nicaragua. La disminución de la influencia soviética en el Tercer Mundo no ha sido reciprocada por Occidente. Por el contrario, ha estimulado la expansión agresiva de Europa Occidental en el Este, revitalizando al mismo tiempo los impulsos hegemónicos de Washington. Es posible que los acuerdos globales sobre desarme celebrados entre Gorbachov y Occidente mitiguen las amenazas nucleares en el Norte. No obstante eso, el aumento del intervencionismo occidental en el Tercer Mundo y, especialmente, en América Latina, significa la reanudación de las guerras antiimperialistas y de clases. Aquellos sectores de la izquierda que se orienten hacia el nacionalismo y la política de clases estarán mejor situadas para intervenir en esta situación que los proponentes de la interdependencia y los pactos sociales. La izquierda que fundaba sus análisis y prácticas en

las alianzas de “bloques globales” será cada vez más irrelevante. En suma, el final de la Guerra Fría intensificará la intervención de Estados Unidos en América Latina, desorientará a la izquierda tradicional, socavará a los reformistas que imaginan un mundo sin bloques como un mundo de paz y desarrollo, y ofrecerá mayores espacios y oportunidades a la izquierda orientada hacia el nacionalismo, la lucha de clases y el antiimperialismo.

Los cinco “hechos históricos mundiales” que definen las nuevas configuraciones de poder no impactan directamente sobre América Latina ni determinan las condiciones de la lucha por el socialismo. Están mediatizados por el Estado, la estructura de clases y los vínculos entre las fuerzas políticas y sociales de la región.

Transformación de las estructuras políticas y sociales

El impacto social de estos contradictorios cambios históricos mundiales depende del vigor y la debilidad relativos de las fuerzas sociopolíticas conflictivas que actúan en América Latina y de las condiciones en que operan. El problema de analizar las relaciones entre los cambios globales y las estructuras sociopolíticas latinoamericanas se complica a causa de las transformaciones estructurales que han ocurrido en la región durante las dos últimas décadas. El problema, para los socialistas, consiste en tomar en cuenta esas transformaciones y sus ramificaciones externas y vincularlas a una estrategia efectiva.

Cuatro son los cambios estructurales que forman el terreno para la estrategia política y económica latinoamericana.

1. El factor más notable que define la economía de la región es el surgimiento de capitalistas transnacionales latinoamericanos con su cohorte de asociados. Desde la cima hasta la base de la estructura social, con distintos grados de importancia, América Latina ha avanzado hacia un modelo de acumulación controlada y dirigida por inversionistas, especuladores, mercaderes y exportadores nacionales vinculados con los bancos, los mercados y las finanzas internacionales interconectados en la cima, esos capitalistas transnacionales son seguidos por un estrato intermedio que incluye a depositantes foráneos de dólares, pequeños especuladores, profesionales pagados en dólares, intelectuales financiados desde el exterior y, en la base, familias de bajos ingresos atadas a la economía del dólar por las remesas de ultramar.

En la interfase con esta configuración socioeconómica formal se encuentra la dinámica económica ilícita—drogas, especulación, lavado de dinero—que se vincula con la economía de exportación y recorre verticalmente todo

el sistema social. La economía formal y la informal son a la vez productos y promotores de una economía cada vez más “desregulada” que ha encontrado expresión política en el ascenso de líderes derechistas y en la conversión de populistas (Menem) y socialdemócratas (Carlos Andrés Pérez) en partidarios del mercado libre. La correa de transmisión para la influencia ideológica norteamericana y el principal factor generador de las crisis socioeconómicas de la región es el auge de los capitalistas transnacionales latinoamericanos y de los políticos que elaboran las normativas económicas adecuadas a sus necesidades (estrategias de exportación, programas de austeridad, capitalizaciones de deuda). Si la desregulación de la economía genera la crisis, la solución política es bloqueada por los numerosos agentes subalternos, vinculados al capital transnacional, que operan en el mercado no regulado. Para que la izquierda llegue a controlar las palancas del poder económico, será preciso que haga frente decididamente a los capitalistas que conforman las “redes transnacionales”. Los regímenes socialistas o progresistas dependientes del capital transnacional se verán sujetos a las presiones y a la extorsión ejercidas por aquellos en torno a quienes se organiza el modelo de acumulación. La transición latinoamericana hacia el capitalismo transnacional no se ajustó a la pauta seguida por Europa o Estados Unidos ni tuvo las mismas consecuencias. La transformación del capital latinoamericano de “nacional” en “transnacional” no significó la ampliación sino el saqueo del mercado local. No condujo al perfeccionamiento tecnológico de la industria nacional sino a la transferencia de las utilidades de la industria al sector financiero. La desregulación de la economía dió lugar, en un principio, al ingreso y luego al égreso masivo del capital. El socialismo tendrá la difícil tarea de desarraigarse ese modelo pero no podrá socializar lo que no está en la esfera del poder nacional; tampoco podrá aplicar el modelo actual a un programa de bienestar social, en vista de los fuertes antagonismos de clase y de la gran facilidad con que el capital transnacional puede eludir la regulación estatal.

2. El segundo cambio operado en las estructuras sociales se relaciona con el primero. La desregulación de la economía y la masiva “informalización” del trabajo significan que todo el mecanismo de seguridad social y legislación protectora de los trabajadores, montado durante el siglo pasado, ha sufrido un profundo deterioro. El crecimiento masivo del trabajo temporal, del empleo múltiple, de remuneraciones que no son salarios, ha dado origen a una categoría de mano de obra que es una cruz entre los obreros asalariados y los independientes, y a los que denominaremos “pueblo trabajador”. El pueblo trabajador es un protagonista clave de todo movimiento vivo en fa-

vor de la transformación social. Esos trabajadores son los que sufren las consecuencias de la desregulación del mercado y del desarrollo de la “economía informal”: inflación, inseguridad laboral, alza de precios. Su inserción en el proceso político crea un nuevo contexto para organizar la propuesta socialista en dos ámbitos interconectados: la fábrica y el mercado. Los socialistas deberán idear estrategias que tomen en cuenta el mercado, imponiendo restricciones sobre las utilidades del comercio e impidiendo que los asalariados se perjudiquen con el aumento de los costos. La existencia de nuevos vínculos económicos (la economía paralela) entre los trabajadores, tanto en sus actividades informales como formales, es una necesaria condición previa al poder político. La economía paralela se convertirá en la base para unificar los grupos heterogéneos del pueblo trabajador y constituir una organización política común para el poder estatal.

3. El tercer cambio estructural ha sido la rutinización del terror de Estado y la continuidad de sus instituciones antes, durante y después de la inauguración de los regímenes electos. El advenimiento del capitalismo no regulado, con sus prolongados períodos de crisis, ha sido acompañado por la creciente importancia de los aparatos represivos y el consiguiente debilitamiento de los regímenes políticos. Las instituciones permanentes del Estado son las que, cada vez más, definen las “reglas del juego político” y limitan el alcance de la acción legislativa de los partidos opositores. El ciclo de cambio de los regímenes civiles y militares va acompañado por la continuidad de la estructura estatal subyacente. La brecha entre el control burgués de Estado y el insuficiente dominio de la sociedad civil ha sido colmada por el recurso cada vez más frecuente al terror del Estado. El impacto combinado de las crisis económicas, cada vez más profundas, y la expansión del terror del Estado sobre la conciencia popular es problemático. Las respuestas que dan son muy variadas: hay quienes echan la culpa a la clase política y buscan “políticos apolíticos” de derecha; otros emprenden acciones defensivas (por lo común, huelgas); otros intensifican la militancia izquierdista y otros, en fin, se apartan de la política e ingresan en la delincuencia o en la actividad “informal”. La izquierda enfrenta una difícil situación: por una parte, las condiciones socioeconómicas objetivas son favorables al proyecto socialista y, por otra, la creciente represión política limita su capacidad de movilización. Por su parte, la represión estatal tiene efectos contradictorios sobre los grupos explotados. Los más organizados y politizados endurecen su militancia contra el Estado represor o el agresor externo; los demás tienden a culpar de la violencia a quienes proponen cambios y abrazar a las autoridades en procura de un alivio inmediato.

4. El cuarto y último cambio en América Latina, tal vez el más significativo, es el vigoroso crecimiento de la democracia en los movimientos sociales de base. La nueva opción frente al autoritarismo del socialismo estalinista y las depredaciones del modelo electoral librecambista se encuentra en la organización y proliferación de movimientos sociopolíticos. Estos movimientos han dado una organización común a la fuerza de trabajo heterogénea a través de sus asociaciones de vecindad. Han creado una estructura política en la que el pueblo trabajador está representado directamente y a través de la cual puede formular sus reclamaciones. Han creado redes de solidaridad para asegurar la supervivencia económica. Han organizado la lucha en los casos en que sus representantes políticos no han sido capaces de instrumentar los cambios prometidos. El crecimiento y la proliferación de movimientos cívicos, vecinales y laborales refleja el ascenso de la capacidad política del pueblo trabajador, de su capacidad para resistir al Estado y para existir como una opción frente a las actuales formas de representación política. Si la clase transnacional en la cima constituye el mayor obstáculo a la transformación socialista, los numerosos movimientos sociopolíticos de base son la fuerza más poderosa para transformar la sociedad. Prácticamente todos los cambios positivos ocurridos en América Latina durante los últimos veinte años —reformas agrarias, derrocamientos de regímenes militares, revoluciones sociales— fueron iniciados o consumados por movimientos sociopolíticos. Productos de esa actividad, por ejemplo, fueron el Movimiento 26 de Julio en Cuba, el FSLN en Nicaragua, los cordones industriales en Chile durante la época de Allende y la reforma agraria en los años sesenta en Perú. La relación entre los movimientos sociopolíticos y otros fenómenos políticos es problemática, como lo es la relación entre los movimientos y las transformaciones del Estado. Pero es obvio que, en América Latina, los “movimientos” han sido la estructura más eficaz para movilizar y expresar la energía, el entusiasmo y la inteligencia del pueblo trabajador. El debate sobre socialismo y democracia deberá extraer sus enseñanzas negativas de la experiencia estalinista europea y las positivas de lo que están haciendo los movimientos sociopolíticos latinoamericanos.

El cambio de estrategia de Estados Unidos.

Para elaborar una estrategia socialista en América Latina durante el decenio de los noventa es indispensable comprender la estrategia de Estados Unidos, que se basa en la distinción entre cambios de regímenes y cambios

de Estado. Para los estrategas norteamericanos, los regímenes representan los intereses transitorios de alianzas políticas cambiantes entre funcionarios civiles electos o militares no electos. Los Estados, en cambio, representan los intereses de la hegemonía, la economía y la seguridad, a través de las instituciones permanentes: los militares, la Policía, el Banco Central y otros organismos económicos no electos. Las alianzas de Washington con las instituciones son a largo plazo; con los regímenes políticos, transitorias.

Este marco diferencial ha servido para guiar (y explicar) la política de Estados Unidos respecto del cambio político en América Latina, que se basa en un enfoque a tres puntas:

1. Apoyo a los cambios de régimen cuando los gobiernos clientes han perdido poder y/o legitimidad o son amenazados por movimientos populares de masa. El objetivo, en este caso, es conservar el Estado. Esta política es evidente en el apoyo dado por Washington a la transición negociada de los regímenes militares a los civiles en América Latina durante los años ochenta, que dejó intacta la apoyatura institucional de los intereses estratégicos norteamericanos. Esta cohabitación de gobiernos electos y poder estatal autoritario es lo que Washington denomina “el proceso de democratización”.

2. La segunda punta de la política de Estados Unidos hacia América Latina ha sido su oposición a los movimientos que no sólo se proponen cambiar el régimen sino también las instituciones del Estado. Durante los años ochenta Washington promovió, ayudó y financió, en todo el hemisferio, los esfuerzos tendientes a aislar, reprimir o derrotar electoralmente a los movimientos sociopolíticos cuyo concepto de la democracia incluía la transformación del Estado. En Centroamérica, Washington financió la represión de partidos políticos y organizaciones que buscaban cambiar el Estado, apoyando al mismo tiempo a los partidos socialdemócratas que colaboraban con sus Estados clientes. Una pauta similar se reprodujo en Sudamérica, donde Washington, diferenciando entre los partidos antirrégimen y antisistema (Estado), favoreció electoralmente a los primeros y se opuso a los segundos.

3. La tercera punta de la estrategia norteamericana es el apoyo al cambio de Estado cuando el adversario es un Estado revolucionario. El mejor ejemplo de esto es la estrategia de Washington hacia Nicaragua que incluyó la organización y el financiamiento de un ejército y una fuerza electoral contrarrevolucionaria para dismantelar un Estado popular revolucionario. Washington combinó la violencia militar destructora de la economía con una fuerza electoral explotadora del descontento interno. La misma política de desestabilización militar y elecciones se ensayó en Cuba pero fue bloquea-

da por la negativa de Castro a permitir una oposición electoral. En este enfoque, la agresión militar y económica y la dislocación social son los requisitos previos para apoyar la celebración de elecciones.

La política de Washington se funda en un concepto muy claro del significado social de los cambios políticos y democráticos. Se da apoyo estratégico a los proponentes del cambio de régimen en los Estados capitalistas y a los partidarios del cambio de Estado (ya sean mercenarios armados o partidos políticos) en los Estados no capitalistas. Mientras que los propagandistas norteamericanos y europeos y sus intelectuales financiados por fundaciones extranjeras hablan de “democracia sin adjetivos”, los estrategas de Washington se guían en la práctica por los criterios del interés hegemónico.

En este contexto, Washington ha usado los procesos electorales contra la democracia. Al apoyar la yuxtaposición de regímenes electos y Estados autoritarios, los dirigentes políticos de Estados Unidos han perpetuado las masivas violaciones de derechos humanos en El Salvador, Guatemala y Honduras. La misma política ha servido para perpetuar los pagos de la deuda externa, los programas de austeridad impuestos por el Fondo Monetario Internacional y la adquisición de empresas nacionales productivas por transnacionales. La estrategia electoral ha dotado a Washington de una ideología favorable a un sector de la clase política al servicio del nuevo modelo exportador, el Estado represivo y la banca internacional.

La preeminencia de las instituciones estatales no electivas y del poder económico (incluido el de Estados Unidos) en la elaboración de las “reglas del juego político”, que fijan las fronteras de la legislación admisible, significa que el régimen surgido de las elecciones deberá seguir una política de desmovilización de grupos populares, formular estrategias de desarrollo favorables al capital transnacional latinoamericano y a la banca extranjera, y reconocer el poder y las prerrogativas de los militares, la Policía y otras instituciones del Estado.

A consecuencia de estas restricciones se ha debilitado el componente democrático de la vida latinoamericana. Si utilizamos el calificativo de “democrático” para describir algo más que los procedimientos electorales, como son la presencia de las mayorías y su influencia en la sociedad civil, la asignación de recursos presupuestarios según las necesidades populares, la respuesta de los funcionarios públicos a las demandas y presiones públicas, y la reducción del control de la economía nacional por élites nacionales y extranjeras, es evidente que la democracia ha retrocedido bajo los regímenes electos durante los últimos diez años. Estos regímenes han tratado de desmante-

lar los movimientos populares y de concentrar las decisiones en las manos de funcionarios no elegidos, entre los cuales figuran banqueros extranjeros y representantes del FMI. Han recortado hasta niveles sin precedentes los rubros presupuestales destinados a la salud pública y la educación y han reforzado el papel de las instituciones represivas.

Los regímenes electos no han creado condiciones para el avance democrático, por el contrario, han ahondado la división entre el Estado burgués autoritario y la sociedad civil, creando condiciones propicias para el retorno de los regímenes no electos siempre y cuando el descontento popular rebase las fronteras marcadas por el Estado. La política de Estados Unidos en favor de la cohabitación de gobiernos electos y Estados autoritarios se mantiene porque facilita la aprobación por el Congreso de las partidas necesarias para financiar los clientes del Imperio. El desafío para la izquierda latinoamericana es el de redefinir el terreno de la democracia. Esto requiere una concepción más amplia, que vaya más allá de la competencia electoral para el cambio de régimen y enfoque la democratización como la transformación del Estado y la reestructuración del modelo económico basado en el dominio del capital transnacional.

Los socialistas latinoamericanos pueden aprender de los movimientos antiestalinistas de Europa Oriental pero también tienen algo que enseñarles. Pueden aprender que el colectivismo burocrático y el Estado policial sofocan las iniciativas populares y traban el desarrollo de las fuerzas productivas. También pueden aprender que las transformaciones de fondo demandan ir más allá del derrocamiento de los regímenes represores y hacer cambios en los aparatos estatales y en las relaciones con las antiguas potencias hegemónicas. (Es interesante contrastar cómo las democracias occidentales definen los procesos de democratización en Europa Oriental y en América Latina; en el primer caso, favorecen la reforma total del Estado, en el otro, el cambio limitado de régimen). Por otra parte, los europeos orientales y los antiestalinistas podrían aprender de la experiencia latinoamericana que la aplicación del modelo librecambista trae consigo graves problemas socioeconómicos: desempleo, desigualdades masivas, endeudamiento, dependencia y represión.

Conclusión

Las dos crisis, la del estalinismo en Europa Oriental y la del capitalismo en América Latina, forman parte de la reestructuración de la economía mun-

dial. De las dos cabe deducir que los movimientos por la democracia y la dirección social de la economía son respuestas socialistas pertinentes. Los propagandistas occidentales que afirman la existencia de una relación entre democracia y mercado libre son, obviamente, analfabetos económicos cuando se trata de interpretar la experiencia latinoamericana. Las estructuras y las políticas de mercado libre aplicadas por las élites han sido el agente disolvente de las instituciones y prácticas democráticas de la sociedad latinoamericana, han facilitado la evasión de capitales y han destruido la estabilidad social de los trabajadores. Hoy en día, el socialismo debe ser, ante todo, auténticamente conservador: debe conservar o restaurar los mercados nacionales, reconstruir las empresas públicas, estabilizar los ingresos familiares, defender los valores tradicionales de la clase trabajadora contra el extremismo libre-cambista. Los regímenes socialistas no pueden acceder a los mercados mundiales por medio de la actual configuración de empresas transnacionales privadas o estatales, ni operar a través de sus circuitos. Será preciso reordenar la economía de exportación y desplazar a sus protagonistas, fortalecer el mercado y las fuerzas y clases productivas nacionales.. El cambio de régimen debe ir acompañado por la transformación del Estado. Siempre que existan regímenes y Estados basados en intereses sociales incompatibles, primero habrá un impasse político y luego vendrá el derrocamiento del régimen por el Estado. Lo más probable será que, para evitar esto, el régimen sacrifique su base social a fin de buscar un acomodo con el Estado.

Los regímenes socialistas tienen que evitar la competencia electoral con una oposición apoyada por el imperio en el terreno político delimitado por sus enemigos. No tienen que dejarse atrapar por la “maniobra de pinzas” de la presión militar y económica desde afuera y el ataque político desde adentro. Para los regímenes socialistas, las elecciones deben ser el producto de la paz y la reconstrucción económica en lugar de condiciones para alcanzar esos fines. Los interlocutores electorales de un régimen socialista democrático deberían incluir únicamente a las fuerzas políticas que acepten los principios básicos de la soberanía nacional y rechazar a los partidos que sean el brazo político de las fuerzas mercenarias pagadas por el imperio. Estas son reflexiones políticas derivadas de la experiencia electoral sandinista.

La declinación del poderío económico de Estados Unidos y la difusión de su influencia ideológica en América Latina obliga a los socialistas a profundizar la lucha cultural e intelectual. Podrían concentrarse en la incapacidad económica de Washington para sostener a sus gobiernos clientes y hacer efectiva su visión de la buena vida.

Las recientes transformaciones históricas del mundo repercuten en América Latina a través de los cambios estructurales que están ocurriendo y de los renovados esfuerzos de Estados Unidos para reafirmar su hegemonía. Los socialistas latinoamericanos deberían, en primer término, desenmascarar y enfrentar la estrategia militar-electoral basada en las nuevas fuerzas transnacionales surgidas durante los últimos veinte años. Para sacudir el dominio imperial habrá que desplazar el aparato de poder transnacional latinoamericano —capital, Estado, inteligentsia— a través del cual se ejerce la hegemonía. Los socialistas tendrán que reconstruir desde abajo el espacio político-económico propio de América Latina a fin de afrontar con éxito las transformaciones que están ocurriendo en la economía mundial: las crecientes rivalidades intercapitalistas y la ascendencia de la hegemonía económica (Japón y Alemania) sobre el imperialismo militar-ideológico (Estados Unidos).

Las tareas y oportunidades que tienen ante sí los socialistas latinoamericanos son formidables: las crisis económicas del capitalismo son a la vez una fortaleza y una debilidad. Siembran el descontento entre las masas y privan de recursos a la economía. Fuera de la izquierda democrática, sin embargo, no existen otras fuerzas políticas que sean capaces de atender las necesidades básicas del pueblo, reconstruir la estabilidad de la economía familiar, reorganizar la economía nacional y transformar las relaciones sociales de producción. Es esta combinación de mirar hacia adentro y abajo a fin de volverse hacia afuera y arriba lo que define en parte el proyecto socialista. La conservación o reconstrucción de la solidaridad y estabilidad en el trabajo, la familia y la comunidad del pueblo trabajador en un contexto de transformación básica del poder social define al socialismo contemporáneo en América Latina como profundamente conservador y, al mismo tiempo, radicalmente transformador. Contra los estragos del mercado libre irrestricto, conservará la solidaridad económica de los trabajadores y las unidades familiares. Al construir un nuevo Estado y un nuevo régimen político arraigado en las tradiciones y prácticas de los movimientos sociales desarrollará programas socialistas y democráticos.

Los históricos cambios mundiales y las transformaciones de la sociedad latinoamericana afectan de modo contradictorio a la izquierda socialista de la región. Algunos de esos cambios fortalecen a los enemigos del socialismo y otros abren oportunidades para el progreso. El que las oportunidades ofrecidas por esas transformaciones pueda constituirse en una ventaja y realce la presencia y la autonomía de la izquierda dependerá de la capacidad creativa de ésta para elaborar estrategias y programas que vinculen sus luchas con los florecientes movimientos populares.